

Época, Montevideo, Año 4, N° 1245, viernes 21 de enero de 1966, p. 2.

El tercerismo y Solari (VI)

DE NUEVO EL ANTIMPERIALISMO

Por *Carlos Real de Azúa*

Cortado el curso de estas ya largas reflexiones por un interludio polémico, son ahora las opiniones de Solari sobre imperialismo y antimperialismo las que me interesa cuestionar. Estoy seguro que él mismo sabe que son razones de supremo interés (y que no hay otras) las que en este punto me hacen ser tan minucioso.

No creo que sea difícil concordar con Solari en torno al hecho de que muchas formas de lucha y concepción antimperialistas sean **vagas y abstractas**. Toda ideología tiende a cuajar en estereotipos y los estereotipos irremediablemente lo son. Es con la realidad moviente con la que hay que estar contrastando, afrontando toda ideología para que esto no ocurra. Y si esa ideología o esa doctrina que el antimperialismo es, se ha nutrido de tan variadas atracciones y no dinamiza entre nosotros ninguna política concreta (en grado apreciable, decisivo) es lógico entonces que se halle más expuesta que otras a tales peligros.

Alguna vez habrá que hablar de las “*enfermedades infantiles*” del antimperialismo y es lástima que Solari no haya aprovechado la ocasión para hacerlo. Cuando –hace ya tiempo– intenté por mi parte un esbozo de ellas, anotaba, por ejemplo, la de confundir con imperialismo todo “*contacto de culturas*”, aunque éstas sean de vigor parejo. Registraba también algo mucho más importante y que es la inflexión moralista, voluntarista, subjetivista con que el imperialismo se concibe. Pues no parece necesario para actuar con plena lucidez y cabal empuje en la lucha por la liberación suponer que el “*status*” imperialista sea el resultado de un designio que, desde las metrópolis mediatizadoras, portaría los rasgos de ser invariablemente doloso (respecto a las áreas dominadas), continuo (sobre políticas y generaciones), corporativo (encarnado en ciertas instituciones militares, diplomáticas o económicas). Y de la misma manera –o en forma parecida– habría que matizar el fenómeno no menos evidente del “*cipayismo*”, en todo lo que él apunta a una eventual coherencia, persistencia e infalible actitud antinacional de las burguesías intermediarias entre las que el “*cipayismo*”, esencialmente, se recluta. Aclaro ahora, por si fuera necesario, que estoy objetando la inevitabilidad y aún la magnificación de estos aspectos y de ninguna manera su existencia. También habría que referirse (y a los efectos cierro aquí la cuenta) al “*frontalismo*” y a la unilateralidad de visión de ciertos antimperialismos, dos rasgos aparentemente antitéticos pero que suelen ofrecerse aunados. El primero ha tenido proclividad a olvidar la posibilidad de maniobra que a los países pequeños las rivalidades interimperialistas ofrecen, dado, como es objetivamente comprobable, el tenaz,

remanente carácter nacional de alguna de sus fases. Este frontalismo es también un abstractismo: lucha contra una enorme y opresiva mayúscula sin perjuicio de obsederse con un avatar determinado de ella. Y si hoy el imperialista monopolista tiene un solo gran centro y todo lo demás es sucursal, ¿ocurrió esto acaso en el pasado? Sin embargo, quien frecuenta enfoques tradicionales del antimperialismo uruguayo podría creer que Inglaterra sólo fue –como decía Rodó– “*nuestra ilustre madrina de óleos*”. Quien esté, en cambio, familiarizado con la literatura histórico-económica que parte del gran Scalabrini Ortiz y del grupo de F.O.R.J.A., será llevado, casi obsesivamente, a ver una presencia británica, sin contrapesos, en todas nuestras cosas.

Tampoco -y ya estamos lejos de cualquier patología- está agotado un debate. Es el debate ideológico y táctico respecto a las líneas dominantes del diagnóstico y pronóstico del imperialismo en nuestro días. Sabido es lo que ambos le deben al libro *Capital* de Lenin, pero en toda la presente etapa neo-colonialista se han ido desplegando fenómenos que no pudieron ser previstos –o que simplemente no lo fueron– en el planteo de 1914. El decrecimiento inexorable de la tasa media de ganancia, y la relación política –negocios, la ambigüedad de las nociones de “*interés*” y de “*poder*”–, la creciente explosividad de las pugnas interimperialistas, las fabulosas exigencias de capitalización que el automatismo reclama, la insurgencia de una opinión pública mundial, la autonomización de criterios políticos y globales, no congregan un cuestionario fácil de dilucidar y, aunque en esto conozco el riesgo de lo que afirmo, sospecho que la noción de su existencia es uno de los supuestos tácitos y no ventilables de la controversia sino-soviética.

Que hay estereotipos, entonces, es evidente. Pero ¿resulta justo insistir tanto en ellos cuando ellos son patrimonio de un sector menos amplio de lo merecido y chocan con una propaganda frontal, facilona y simplista de negación?

UN RESBALADIZO TERRENO

Tras esto, es todavía más fácil estar de acuerdo con Solari que, cuando no se vigila o cabalmente se lo propone, puede ser tan vago e impreciso como él acusa a nuestro antimperialismo nacional de serlo.

Empleando signos interrogativos establece el autor opciones. Ellas son:

- a) que el imperialismo no juega el papel que le atribuye la ideología tercerista;
- b) que juega un papel diferente al que ésta le atribuye;
- e) que el papel es correctamente percibido pero la respuesta es poco realista.

Me parece, con todo, que del contexto que a estas afirmaciones rodea, Solari piensa que el imperialismo juega otro papel que el que le atribuye la ideología tercerista y que la respuesta que se le da es poco realista por partida doble.

Veamos algunas de estas razones. La primera es que *“No da una respuesta suficientemente clara y unívoca a los problemas del mundo actual”* (p. 117). Extraño, ante todo, es ver a un cauteloso sociólogo, indudablemente proclive a desechar y disecar tales respuestas, reclamarlas en esta instancia. Y si es cierto que el *“antimperialismo”* como tal tiene el peligro de negatividad implícito en todos los *“anti”*, aún así, aún con distintos equipos ideológicos (marxismo, nacionalismo, jacobinismo, como Sartre lo analizó en el caso de Lumumba en su memorable prólogo), aún así, repito, muchos movimientos han encontrado su primaria pero eficaz justificación doctrinal. Por otra parte, si el imperialismo es una realidad, el antimperialismo, si ha de ser la respuesta plenamente idónea a su desafío, no puede no tener en cuenta todos sus elementos. En una nota anterior decía yo mismo (sólo quiero reafirmarme) que *“las primeras formulaciones ideológicas que desde los países dominados buscaron cohesión en la lucha por la liberación, poco más tuvieron que hacer que visualizar el abanico de antítesis que a la acción de sojuzgamiento debía oponerse”*.

Larga podría ser ahora mi demostración pero cabe abreviarla con unos pocos y meros ingrediente de todos los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo. Y si mencionamos, por ejemplo, el factor de dinamización, unificación y relación política entre el pueblo y el Estado que los partidos únicos implican, o la integración nacional de regiones y sectores sociales, o el restablecimiento de la comunicación creadora con las tradiciones nacionales y populares, ¿qué otra cosa son que antítesis a ciertas realidades del sojuzgamiento? A la división política el primero, que deshace y paraliza el querer nacional. Al fomento la segunda – cumplido con mano tan maestra en la India o en el Brasil– de todos los divisionismos geográficos y sociales (un arte británico por excelencia). Al cosmopolitismo de las burguesías gerentes, el tercero y sólo aquí último.

La segunda razón es que el imperialismo en el Uruguay (que no es América Central) es *“mucho menos perceptible que en otros países latinoamericanos”* y no ha sufrido como ellos *“de sus peores consecuencias”* (págs. 55 y 117). Estas aseveraciones podrían dar mucho jugo; y para volver a citarme, por mera comodidad, recordaré lo que en un librito sobre el Batllismo decía; esto es, que el Uruguay, sin minas ni agricultura de plantación, conoció un *“quantum”* de explotación extranjera infinitamente menor que el que conocieron otras naciones americanas. También que fue más que nada un puesto de observación entre los dos colosos y que la misma monoactividad agropecuaria resultó entre nosotros el fruto de una conjunción de factores mucho más espontáneos de lo que podría decirse de todos los monocultivos que en el mundo han sido. Agregaba también

que este cuadro de circunstancias fue mejorado aún por la acción de Batlle, al recuperar para el patrimonio nacional muchos servicios públicos e instaurar otros.

Todo eso es cierto. Pero, a los efectos de nuestra pequeñez y nuestra actual insuficiencia, ¿no constituimos acaso el fruto de una “*balcanización*” que Inglaterra promovió e impuso por su esencial y exclusiva conveniencia? Y la vulnerabilidad económica del país en el siglo pasado, su atroz mendicidad, ¿era ajena acaso a los brutales sacudimientos europeos del capitalismo competitivo? Y el síndrome ideológico y social de lo que se llamó nuestra “*edad fenicia*”, ¿significa acaso otra cosa que la triunfal instauración de una burguesía “*gerente*” o “*intermediaria*”? Y las ideologías que nos distrajeron y dividieron, ¿cayeron acaso del cielo? ¿Vino del mismo sitio la trustificación frigorífica a la que intentó responder la creación del Nacional? Y ya en nuestros días, el lavado democrático de cerebros de nuestras gloriosas Fuerzas Armadas, ¿quién lo ha promovido, quién lo fomenta, quién lo paga? ¿Y la concentración semi-monopólica de los canales de exportación? ¿Y el deterioro de la “*relación de intercambio*”? ¿Y la creciente dependencia a la banca extranjera? ¿Y la provisión internacional de noticias y la unificación casi sin fisuras de ellas y de la propaganda toda en aquellos asuntos que al imperialismo tocan? ¿Y la alineación ortopédica que la O.E.A. representa y cumple, paso a paso?

Que todos los rubros de esta lista –pasados, presentes y futuros– han contado con nuestras globales proclividades o con inclinaciones e intereses de la clase dominante no admite duda. Pero aún si eso valiera como resta, ¿es corta la cuenta?

¿HAY ALGO AJENO?

El último argumento de Solari es menos replicable con “*hechos*”. Se imbrica, de alguna manera, con las ya registradas insinuaciones de vaguedad, abstractismo y escaso realismo de respuesta. Consiste en sostener que el antimperialismo, tal como uruguayamente se concibe, desempeña una “*función conservadora*”, “*escapista*”, puesto que todo lo hace depender de “*la supresión previa de la gran peste*”, postergando así el enfrentamiento de “*muchísimos problemas que nada tienen que ver con el imperialismo y que valdría la pena resolver*” (páginas 72-73).

Todo es cuestión de palabras, se alegará. Pero si el imperialismo se concibe en su sentido más amplio y si aún se recuerda que la misma subsistencia de todas las clases dominantes de Occidente está condicionada a la fuerza y la presencia de su centro, ¿hay algo que no tenga que ver, entonces, con el imperialismo?

Ante el cuadro nacional más calamitoso y más deteriorado que pueda imaginarse, ante un cuadro como el de Uruguay, por ejemplo, es obvio que siempre hay un margen mejorable dentro de él. Me resulta de buen sentido aceptar que si en nuestro país se dieran en forma infinitamente más cuantiosa de lo que efectivamente se dan los ingredientes del desinterés, la eficacia, la sobriedad, el trabajo, la cooperación, la buena voluntad y el entusiasmo creador, el país se hallaría infinitamente mejor de lo que se encuentra. No es fácil replicar - puesto que se conoce su parcial verdad y a condición de que se las crea sinceras - a prédicas de este tipo. Supongo, por caso, que es lo que ha dado prestigio en círculos bastante amplios a la gestión del Consejero general Gestido. Sé también lo que implica una negación radical de tales posturas y que es, entre otras cosas, enajenarse muchas voluntades tan buenas como cándidas. Y también consentir en que todo empeore sin ver llegar ese último extremo dialéctico en que el máximo mal se transformará en el irrupiente y promisorio bien. Y asimismo destruir “reflejos”, terminar la aniquilación de formalidades y disciplinas sociales que algún día se necesitarán como el aire y como el agua.

Pero, más allá de esto y supuesta la presencia de esas calidades referidas, supuesta la “*voluntad de mejorar*”: ¿hasta dónde, en cuadros sociales como el nuestro, las cosas son mejorables y desde dónde encuentran su infranqueable tope? ¿Hasta dónde afincarse en ese margen mejorable representa olvidar lo esencial y circunscribirse a lo adjetivo? ¿Hasta dónde es posible tomar con ingenuidad el extremo de cualquiera de los hilos de la tela que nos ahoga sin que toda ella empiece a deshacérsenos entre las manos? ¿Y qué harán entonces con la tela y con sus remendones los mismos que invocaban la urgencia y la santidad de la tarea?

Basta de interrogaciones. Pero es visible que ellas llevan al tema de la democracia y al tema de la revolución.

Esta es la sexta de una serie de notas sobre **El Tercerismo en el Uruguay** de Aldo E. Solari (Alfa, 1965).